

Guillermo Antonio Correa Montoya. *Locas de pueblo. Maricas mayores en municipios de Antioquia*. Medellín: Universidad de Antioquia, 2022, 271 pp.

Juan-Fernando Báez-Monsalve*

DOI: <https://doi.org/10.15446/hys.n48.113937>


Palabras clave | homosexualidad; historia cultural; relato oral; prensa; medios de comunicación; Colombia; Antioquia; siglo XX.

Keywords | homosexuality; cultural history; oral history; press; media; Colombia; Antioquia; 20th century.

Palavras-chave | homossexualidade; história cultural; história oral; imprensa; mídia; Colômbia; Antioquia; século XX.

Locas de pueblo es un libro necesario. Lo es, porque rompe de alguna manera con la costumbre, a veces muy común en este tipo de escritura, de ensalzar lo extraño y lo extravagante y de ubicar al *otro* como eterno desertor consciente de un sistema homogéneo; en cambio, habla desde lo cotidiano, lo rutinario y lo normalizado. Como parte de la historia cultural de la homosexualidad en Antioquia que es, sus relatos (auto)biográficos, sostenidos en metodologías orales, son historias de lo popular y lo local, en las que las locas que cuentan sus experiencias no siempre son víctimas ni heroínas ni activistas. Es decir, lo que han vivido Karis, El Burro, Sardino y Claudia en Caldas, Andes, San Rafael, Carepa y Chigorodó son experiencias que nacen del diario vivir en el parque, las calles y los barrios de cada pueblo, lo que no significa que el libro desconozca su disidencia y su resistencia en medio de una realidad hostil.

Quizá por eso, es un texto que no podía sostenerse teóricamente en las típicas configuraciones académicas. La literatura marica y loca se convierte aquí en su fundamento, al echar mano de *La loca del frente*, de Lemebel, y de *Manuela*, de José Donoso, quienes retratan parte de lo que las locas de pueblo antioqueñas han vivido: amores y desamores, soledad y rechazo, violencia y supervivencia. Pero, sobre todo, *la loca del frente* y *Manuela* representan la resistencia de entenderse a sí mismas como cuerpos que hacen reír, y que convertirse en eso es parte de lo que deben hacer para negociar su existencia en un espacio en el que ya deben permanecer, porque no desean ni pueden abandonarlo. Por eso, ambos relatos ficticios, que son expuestos dentro del primer capítulo, se conectan con las realidades de los protagonistas del libro, pues ilustran la dualidad de las maricas, en cuanto son extrañas y cotidianas al mismo tiempo y, después de todo, pertenecen al pueblo en sí mismo. Como el sepulturero, el vagabundo o el médico, la marica es parte de lo que el pueblo es.

* Magíster en Educación por la Universidad Pedagógica Nacional (Bogotá, Colombia). Historiador por la Universidad Industrial de Santander (Bucaramanga, Colombia). Estudiante del doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad de Guadalajara (Guadalajara, México)  <https://orcid.org/0000-0001-9421-0815> ✉ baez.monsalve@gmail.com

Cómo citar / How to Cite Item: Báez-Monsalve, Juan-Fernando. “Guillermo Antonio Correa Montoya. *Locas de pueblo. Maricas mayores en municipios de Antioquia*. Medellín: Universidad de Antioquia, 2022, 271 pp.”. *Historia y Sociedad*, no. 48 (2025): XX-XX. <https://doi.org/10.15446/hys.n48.113937>

La loca hace reír y eso la deshumaniza, porque la vuelve caricatura. Sin embargo, ser un chiste andante es también lo que le permite estar socialmente presente y le confiere cierto grado de legitimidad en un contexto que construye lógicas diferentes a las ciudadanas. Lo mismo con sus vivencias románticas y sexuales: su vulnerabilidad la convierte en objeto de violencia masculina, pero al mismo tiempo le garantiza encuentros, deseos y apropiaciones corporales y espaciales a los que no tendría acceso de otra manera. Por eso es que *Locas de pueblo* no sitúa a las maricas en un único lugar o experiencia de vida. Sus existencias van y vienen. Son víctimas, sí, pero ellas no anclan su realidad en serlo. Y también reciben violencia, pero la violencia trae muchas veces placeres. Contradicciones estas que generan diferencias con las luchas reivindicativas urbanas. Las maricas y las locas de pueblo, por lo tanto, no son sujetos pasivos ni meros instrumentos de odio y discriminación. Fluyen desde sus (im)posibilidades hasta no sujetarse del todo a las construcciones académicas y activistas del género y de la sexualidad.

La socialización en la marica, entonces, no la aísla ni la hace anónima, aunque sí la castiga. Las maricas se convierten en piezas que encajan con la idiosincrasia del pueblo y con su folclore: pueden ser fervientes católicas; participar en ferias, reinados, bailes y verbenas; hacerse amigas de mujeres poderosas, o simplemente adornar el paisaje. Pueden ser peluqueras, maquillistas, coreógrafas y consejeras. Todo esto, claro, desde una regulación constante que las limita y golpea. Porque, aunque la loca esté en el pueblo y sea parte de él, el pueblo no deja de estar sujeto a los limitantes de la heterosexualidad y la familia tradicional. Esta es la razón por la que, también, la marica es un cuerpo desexualizado de día para los hombres, aunque objeto sexual en la noche. La oscuridad y el alcohol hacen que el trato de los machos hacia las maricas cambie, sin que deje de ser violento, y que, para ellas, esto represente una salida fugaz de la soledad que las acompaña. En este contexto son ilustradas las historias de las locas en el capítulo dos del libro, el más extenso y relevante.

El relato comienza con Karis/Óscar, que vive en Caldas (Antioquia) y cuenta cómo desde su adolescencia temprana le gustaba ya *treparse*. Esto le permitió estar en los reinados del pueblo y ser reconocido por otras maricas, quienes lo llevaron a los ríos, espacio de socialización sexual predilecto con hombres heterosexuales. En los ríos, las locas accedían a los placeres que les eran vetados en otras partes y los machos podían desfogar sus deseos sin dejar de ejercer violencia sobre ellas. Precisamente esto es clave en la experiencia de Karis/Óscar y en las de todos los entrevistados: las locas son aceptadas social y sexualmente en cuanto permiten ser violentadas por los hombres que las sexualizan. Violencia que puede expresarse en risas, burlas, chiflidos, tocamientos, sexo, golpes y la muerte.

Una historia que se repite en el relato de El Burro, quien además expone cómo la violencia guerrillera y paramilitar también tocó a las maricas de los pueblos, especialmente a aquellas que no lograron *adaptarse*. Para los entrevistados, una marica, en su vida social y sexual, debe ser *bien portada*, o sea, debe guardar silencio siempre y no involucrar a nadie en sus chismes. Una marica bien portada es aquella que no se mete en las cosas que ve, escucha o se entera, y que sabe que sus amantes no tienen nombre ni rostro, que pertenecen a la intimidad y al anonimato de la noche y de los ríos. La que rompe las reglas acaba mal y más si los involucrados están armados y pertenecen a grupos al margen de la ley, como le ocurrió a Sardino en San Rafael. Portarse bien es guardar códigos de lealtad basados en la decencia y la discreción.

Y con la violencia guerrillera y paramilitar en los pueblos, también llegó el autoacallamiento de las locas y su marginación o emigración, tal como cuenta Claudia de Carepa. Es decir, la violencia en los pueblos modificó e intensificó la homofobia, en cuanto convirtió en peligrosas o indeseables prácticas de las maricas que el pueblo ya toleraba, paralelo con la violencia ejercida sobre ellas: de las risas, los chiflidos y los chistes se pasó a las desapariciones, los asesinatos y los descuartizamientos. Las formas de violencia mutaron y las posibilidades de supervivencia se hicieron más pequeñas. A las maricas ahora se les *perdonaba* muy poco. Una rigidez profundizada por el VIH/sida, pues los paramilitares comenzaron a amenazar a las maricas de los pueblos por considerarlas *infecciosas*.

Así, entonces, las vidas de las locas de pueblo han sido una constante de presencias, ausencias y contradicciones, pues una marica de pueblo debe ser tan discreta como atrevida: sabe que puede tejer alianzas con gente influyente que le permita hacer *locuras* —como shows travestis o reinados—, al tiempo que debe cuidarse de protagonizar cualquier rumor que amenace la masculinidad de un macho. Porque los machos, los heterosexuales, son su tesoro y su condena. Son el objetivo de su placer y quienes pueden sentenciarla a muerte. La loca sabe que los hombres machos son efímeros, compartidos con las mujeres y que sus caricias vienen con golpes, pero también que son paliativos para la soledad. Son todo al mismo tiempo y, como con el resto de las cosas del pueblo, debe aprender a convivir con ellos, a desearlos, porque el deseo sexual y romántico —cuando se puede— viene con la marca de la heterosexualidad. Una loca nunca se enamoraría, ni mucho menos tendría sexo, con otra loca. Eso es cosa de gais de ciudad.

Con estas premisas arranca el tercer y último capítulo del libro, que intenta conectar algunos de los argumentos de los relatos con los de fuentes como periódicos. Esta última parte profundiza en la figura del hombre homosexual como pederasta violento o como personaje humorístico y paródico durante la segunda mitad del siglo XX en Medellín. El primer tipo es propio de ciertos homosexuales masculinos que se *camuflan* entre la población y aparecen como violadores, asesinos y descuartizadores de niños; mientras el segundo pertenecería a los hombres homosexuales más afeminados y travestidos. Los periódicos de la Medellín de los años cincuenta, sesenta y setenta armaron un relato en el que la homosexualidad masculina era o peligrosa o cómica. El monstruo violador frente al afeminado que se convierte en falsa mujer.

Sin embargo, que uno despertara miedo y el otro risas no significaba que fueran diferentes en su esencia. Tanto el pederasta y asesino como el travestido y gracioso tenían en común el drama cotidiano. Es decir, ambos especímenes, a los ojos de la prensa, tenían vidas trágicas; característica achacable a los hombres homosexuales durante el resto de siglo, a pesar de ciertos cambios en el tiempo: en los ochenta, los homosexuales fueron vistos cada vez más como víctimas de su homosexualidad biológica y el sida los condenó a ser merecedores de un castigo divino; mientras, en los noventa, el cambio de concepciones sobre la homosexualidad hizo que los homosexuales pobres continuaran el legado de lo pervertido y peligroso, mientras los adinerados y educados fueron aceptados más fácilmente.

Así las cosas, y para concluir, *Locas de pueblo* rompe con la idea de la ciudad como *liberadora* de los hombres homosexuales y de los pueblos como *cárceles* de las que hay que escapar por su homofobia omnipresente y su inmovilidad social y cultural. Los pueblos, en realidad, han cambiado con el país y han sido tan tocados por múltiples influencias como cualquier espacio urbano. Algo que el libro intenta mostrar, al hacer el paralelismo entre el segundo y el tercer capítulo; a pesar de

que en su lectura se sienta una desconexión entre ambos apartados —la cual es su debilidad metodológica más importante—.

Además, algo a resaltar es la crítica, expresada implícitamente en el libro, a la *discreción* como un asunto de hombres homosexuales *hegemónicos*. Las maricas de pueblo, por muy locas que fueran, debían ser también discretas para poder *contar el cuento*, y esa discreción implicó aparecer siempre solas y desexualizadas ante el resto de la población; pues la marica solitaria no despierta tanto odio como la que se atreve a mostrarse en pareja, enamorada o sexualmente activa ante el mundo. La discreción, por lo tanto, atraviesa la cotidianidad y los cuerpos maricas. Porque para subvertir el sistema, primero hay que estar vivos.